

## Biografía

## Hergé

Pierre Assouline

Traduc. de Juan Carlos Durán Romero. Destino. 443 páginas, 4.400 pesetas

Lo normal es que la tintinofilia proceda de la infancia. No ha sido ése mi caso. Yo de niño, miraba con cierta desconfianza aquellos álbumes tan caros y atildados de Editorial Juventud en que se narraban las hazañas de Tintín y Milú, y prefería sumergirme en aquellos tebeos apaisados de Valenciana o de Bruguera, tan cutremente hispánicos, que costaban 1,50 ptas. y nos contaban las aventuras del Guerrero del Antifaz, el Espadachín Enmascarado, el Capitán Trueno o el Jabato. Hará unos quince años —no antes, en todo caso, de 1980— empecé a darme cuenta de la enorme importancia de la «línea clara» en el cómic y me afilié a su secta de «fans» con el entusiasmo propio de las vocaciones tardías. En mi conversión tuvo un protagonismo determinante mi buen amigo Juan Manuel Bonet, quien en una terraza que había entonces en Neptuno me reveló el decisivo papel jugado por la historieta franco-belga y su jefe de filas, Georges Remi, llamado Hergé (R. G.), en la historia del arte contemporáneo.

A quien sí había leído con devota admiración cuando Jesucristo y San Pedro andaban aún por la tierra es a Alain Saint-Ogan, el maestro de Hergé (junto a Jean-Pierre Pichon, el creador de la inolvidable «Bécassine»), pues teníamos en casa una colección completa de «Kikiriki», el suplemento infantil de la revista «El Hogar y la Moda» (últimos años 20 y primeros 30), que incluía las aventuras de Zig y Zag (los «Zig et Puce» franceses) entre sus páginas. De modo que me hallaba dispuesto a contraer la tintinopatía sin especiales traumas, pues la estética de Saint-Ogan me había preparado ya para asumir la de Hergé con todas sus consecuencias.

Se me ocurre contarles estas cosas tan absurdas porque ha aparecido en librerías la versión española de la biografía canónica de Ge-

*«No es la peripecia vital de Hergé lo que más fascina de este documentadísimo trabajo, sino conocer los procesos de creación de los álbumes de Tintín, uno de los personajes mejor diseñados del cómic»*

orges Remi a cargo de Pierre Assouline, biógrafo asimismo de Simenon, Kahnweiler y Gaston Gallimard. Leyendo el libro de Assouline —quien, por cierto, no cita, y es imperdonable, los muchos trabajos tintinianos de nuestro Juan Eugenio d'Ors, entre ellos su espléndida monografía «Tintín, Hergé... y los demás», aparecida en 1988—, asistimos a una reconstrucción pormenorizada de la vida de Hergé, que comenzó en Etterbeek, un suburbio de Bruselas, el 22 de mayo de 1907 y concluyó en la clínica Saint-Luc de esa ciudad el 3 de marzo de 1983. Para ello, Assouline ha estudiado a fondo los archivos privados de

Hergé y ha utilizado infinidad de testimonios de quienes conocieron y trataron a Remi.

Sumergidos como estamos en un mundo de locos en el que juzgamos a los demás por el periódico que leen, sus opiniones políticas o sus preferencias sexuales, no es de extrañar que muchos lectores de la biografía de Assouline se fijen sólo en las estrechas relaciones de Hergé con el líder rexista belga Léon Degrelle, que fue quien lo inició en el cómic norteamericano, prestándole diarios mexicanos con «daily strips» y «sundays» de George McManus («Bringing Up Father»), George Herriman («Krazy Cat») y Rudolph Dirks



(los célebres «Katzenjammer Kids»). Anima siempre mucho a los mediocres tener siempre un reproche ideológico que hacer a los artistas geniales. «Céline podrá ser un gigante de la literatura, pero era un «facha» redomado», dirá el imbécil de turno, engolando la voz y sintiéndose superior tras haber emitido su veredicto de culpabilidad. De Hergé dirá lo mismo otro tarado, añadiendo, eso sí, la coletilla antirreligiosa de rigor: «Mucho Tintín y mucha «línea clara», pero ese Hergé era un meapilas. Se dejó comer el tarro por un abate «ultra», un tal Norbert Wallez, que era un musoliniano furibundo. Siguió viviendo y trabajando en la Bruselas ocupada por los nazis como si no pasara nada. Y, para colmo, no lo fusilaron al terminar la guerra». Peor para quien piense o diga eso. Nunca entenderá que el arte nada tiene que ver con la moral, y que a los creadores no hay que juzgarlos por su ideología, sino por la calidad de sus obras.

Lo cierto es que la biografía de Hergé tuvo momentos especialmente ingratos, como la caza de brujas que hubo de padecer en la Bélgica recién liberada por los aliados, sus depresiones habituales o su ruptura con Germaine a causa de Fanny. Pero no es la peripecia vital del biografado lo que más nos fascina del documentadísimo trabajo de Assouline, sino llegar a conocer los procesos de creación de los 23 álbumes de Tintín, uno de los personajes más entrañables y mejor diseñados de la historia del cómic.

Luis Alberto de CUENCA

## Los Windsor

Kitty Kelley

Traduc. de Jofre Homedes. Plaza &amp; Janés 596 páginas, 2.950 pesetas

LIBRO polémico, esta crónica biográfica de los Windsor está provocando en Europa y Norteamérica ríos de tinta. No es para menos, pues su contenido y sus revelaciones son altamente explosivas. En él se trata la vida íntima, las intrigas de palacio de la Monarquía británica a lo largo del siglo, pero se detiene sobre todo en el reinado de Isabel II. Sustanciosos son los retratos, entre otros, de la Reina y su esposo el Príncipe Felipe, de Carlos y Diana, así como de Andrés y de Sarah Ferguson. Sin embargo, a estas alturas uno no sabe si la audacia de Kitty Kelley está programada para crear polémica o realizada desde el sano ejercicio de mostrarnos el rostro humano de estos mitos reales. Si fuera acaso esto último, hay que considerar que desciende con excesiva frecuencia al chismorreo de la calle, de la alcoba. Para crear un aproximado retrato psicológico, la autora no sólo recorre los comportamientos maritales y las inclinaciones sexuales, sino que señala otros aspectos: la vida familiar, la educación. Kitty Kelley ha escrito un libro valiente aunque muy apegado a lo que la sociedad demanda: los escándalos y su reflejo en la Prensa. Una Prensa que, comandada por el imperio de Rupert Murdoch, abrió los candados del Palacio de Buckingham y desde la que Kelley, profundamente, nos lanza en este libro una denuncia sobre la falta de moralidad. Lo mejor de él, aparte de los datos e informaciones, aparte de la caracterización final de los personajes de esta trama, es que no se sale indemne.

## La horma de mi sombrero

Joan de Sagarra

Alfaguara. Madrid, 1997 238 páginas, 1.950 pesetas

PARTE de una reunión de artículos del periodista y crítico teatral Joan de Sagarra, lo más que subraya este libro es su carácter autobiográfico, memorialístico. Y es que nos encontramos aquí con el esbozo de lo que podrían ser (junto a su libro anterior «Las rumbas de Sagarra») unas memorias indirectas. Memorias de pasiones, de filias y de fobias, de instantes milagrosos donde recuperar el pasado significa recuperarse a sí mismo en la multitud de fotografías de la vida. Y es que De Sagarra hace del artículo una forma de entender la vida y de reflejarla. Los suyos no padecen esa enfermedad del reseñismo académico, sino que a través de un humor a veces escatológico, de la ironía, de la nostalgia o de la crítica, se abren al paso del tiempo personal y del tiempo de la historia. La horma del sombrero de Sagarra son un puñado de amigos, de vidas que ha querido retratar, y a la vez la topografía de unas ciudades que forman el mapa de su propio corazón, y entre todas una Barcelona, con permiso de París. Joan de Sagarra es para la cultura actual catalana un perezoso y un crítico, cualidades ambas de quien sabe disfrutar del presente y que reflejan además este presente nuestro: la debilidad y la pasión. Pero es también un desengañado y por lo tanto un sentimental, un sentimental que fuma puros en sus artículos acompañado por los perros de esta historia nuestra.—Diego DONCEL